

HOMENAJE A JUANJO GARRA. Inmemorian (Lérida 14-2-2014)

Sebastián Álvaro

Vengo a recordar a Juanjo Garra en su ciudad natal. A recordar sobre todo como vivió hasta que la montaña, lo que más amaba, quiso que no regresase al campo base del Dhaulagiri hace casi un año. Hoy no vengo a hablar sobre aventuras y montañas. Aunque en realidad, en el fondo, hoy hablare de la vida, de la montaña... y de la muerte. Porque la muerte no es cosa diferente a la vida, sino ella misma, el punto final de la misma, la que la da coherencia y nos permite abordar las cosas esenciales de la vida.

La muerte acosa permanentemente nuestra vida. A pesar de ello buena parte de la sociedad actual vive en esa “hipocresía de los hombres civilizados” a la que se refirió, precisamente, el alpinista Luis de Saboya. No se habla de la muerte, o se reduce al sensacionalismo o al silencio. Se habla de alargar la vida, de las muertes evitables - como si alguna lo fuera eternamente- del riesgo cero, de los años que, cada vez más, vivimos, como si la muerte pudiera congelarse en lugar de posponerse. Pero las enfermedades, el envejecimiento o los accidentes son el recordatorio perturbador de lo inexorable del azar, la incertidumbre, y también la injusticia, de nuestra condición humana. Sólo hay una certeza: que todos vamos a morir.

Pero no debemos temer a la muerte. La muerte es un umbral que todos deberemos cruzar de forma natural. La muerte no es algo ajeno a la vida, es la vida misma, la que cierra nuestro ciclo. Es el relato de nuestra vida la que da coherencia y sentido a todo ese ciclo. En los últimos cien años el éxito espectacular de la medicina científica permitió transmitir a la sociedad la ilusión de que podemos prolongar la vida sin límite. Que podemos ganar la partida a la muerte y al dolor. Esta visión desplazó el punto de vista circular de los ciclos del mundo, que consideraba a la muerte un elemento esencial de la renovación de la vida familiar y comunitaria, desplazando a la sabia cultura tradicional, en la que era prioritaria la calidad de la vida, sobre la extensión de la misma y se asumía de forma natural que la muerte forma parte inseparable de la vida. Perdimos de vista, por una ilusión, qué la forma en la que vivimos tiene más importancia que cuándo morimos. Nos olvidamos que el tiempo no sólo se mide en extensión, sino en intensidad, en profundidad, en hondura, en sentimiento, en emociones.

La negación contemporánea de la muerte está acompañada de una valoración de la extensión de la vida en detrimento de su intensidad. Pero la profundidad es más importante que su duración. Por eso hay muchos argumentos sobre la necesidad de vivir

al límite, de vivir y sentir que estas vivo. Es la forma de priorizar la forma en que se vive y no la duración de la vida. Por eso la historia de Juanjo está llena de emoción y de alegría, porque habla de alguien enamorado de lo que hacía, de un tipo afortunado que supo encontrar pronto -y disfrutarlo hasta el final- su camino, aquel que más feliz le iba a hacer. No era en absoluto un ingenuo en pos del País de Nunca Jamás sino alguien inteligente, optimista y tenaz que consiguió hacer también de las sombras y contradicciones, que a todos nos acechan, un acicate para seguir adelante. Que se equivocó como todos pero que supo aprender de los errores. Que hizo de la lealtad un valor esencial, que cultivó la amistad y se sacrificó por el grupo, en tiempos en los que muy pocos cultivan esos valores. Amigo quizás no supe agradecerlo suficientemente... Gracias por todo Juanjo.

En treinta y dos años de expediciones y aventuras he perdido a muchos amigos. Juanjo Garra era el número 26 de esos amigos cercanos. Es una estadística demoledora. Pero me considero un hombre afortunado. Y creo que Juanjo habría podido decir lo mismo. Elegimos libre y voluntariamente una forma de vida. Que es dura, expuesta y sacrificada. No elegimos la felicidad, que apenas puede durar un instante, elegimos la libertad de elegir nuestros pasos, de arriesgar y sufrir, que nos interesa mucho más. Me siento privilegiado, a pesar de que en ocasiones sentí dolor, tristeza y miedo que no me gustaría volver a sentir nunca. Privilegiado por estar vivo, por haber visto en el fondo de mis amigos, y de mi mismo, solidaridad, emociones y sentimientos, que de otra forma no podría haber descubierto; afortunado de haber disfrutado de tales momentos, irrepetibles, de la vida. Son instantes de plenitud que dan sentido a una vida. Y también por descubrir la escala de mis fuerzas, ser conscientes de la vulnerabilidad y la fragilidad del ser humano, y a aceptar nuestra mortalidad.

Cuando echo la vista atrás me considero un superviviente de un grupo de amigos a los que les debo todo lo que hice, todo lo que soy. Igual que Juanjo, he tenido la fortuna de vivir en un tiempo en el que todavía era posible la aventura, las emociones intensas y nobles, la exploración, el alpinismo en soledad, la hondura y profundidad del Sentimiento de la Montaña, con amigos, con amores y con afectos.

Somos frágiles, es decir, como aseguraban los griegos en una sola palabra, hombres y mortales. Dijeron los clásicos que los dioses nos castigaron con la certeza de nuestra mortalidad, aunque luego se apiadaron y no nos dijeron la fecha de la misma, pues sino sería imposible convivir con ella. Sería insoportable vivir si supiéramos ver nuestro futuro, saber la hora de nuestra muerte.

Sólo en escasas ocasiones tenemos la posibilidad de experimentar la atemporalidad, tal como se revela en los sueños y en unos pocos instantes privilegiados. En esos instantes la imaginación abarca todo el campo de la experiencia y excede los límites de la vida. Dicen los filósofos Fernando Savater y Vladimir Jankélevitch que la aventura es lo contrario al aburrimiento, es el tiempo apasionado -que no es ocio- el tiempo que no se compra ni se vende, es el tiempo que es plenitud y que por momentos se detiene, lo más parecido a la eternidad. Por ello el explorador polar francés Paul Emile Victor dijo que la aventura es la “única forma de robar tiempo a la muerte”

En realidad estamos siempre entre dos tiempos; el del cuerpo y el de la conciencia. De ahí la distinción que se hace en todas las culturas entre cuerpo y alma. El alma es el lugar del otro tiempo, al que aspiramos, pues aunque somos seres frágiles y vulnerables, estamos atravesados por ansias de infinitud, que nunca se satisfacen. La vida que vivimos, el arte, la cultura, el alpinismo, la propia civilización, no es sino evasión para hacernos tratar de olvidar la insoportable idea de que cada segundo que pasa estamos más cerca de la muerte. Oyendo una sinfonía o escalando una montaña se siente la totalidad y la intensidad de la experiencia humana. Ahí se encuentra el alma humana. Ese impulso es el que nos hace trascender, el que dejamos en el recuerdo de los otros. Lo sentimos en esos lugares donde, como dijo el explorador Ernest Shackleton, “aún se encuentra el alma desnuda del hombre” Es algo que la Ciencia no tiene manera de explicar, pues no podemos medir el amor, la amistad, los afectos, la emoción, la soledad o la tristeza, todo ello vital y determinante de nuestras vidas.

Pero, a pesar de una vida plena y fecunda, la muerte es la muerte. No hay misterios ni bellos secretos, y nos resulta, como ahora la de Juanjo, injusta e insoportable. Encontramos su significado porque la tarea de la muerte es obligar al hombre a abordar las cosas esenciales. Desde el origen de la humanidad el principal empeño humano ha sido encontrarle sentido a la vida. Y ese significado está en proporción exacta a la presencia de la muerte. La muerte nos ofrece ventajas como esta que nos hace reunirnos hoy: compartir vivencias y recuerdos, despedirse, decir lo que debe ser dicho, que quizás no dijimos y ya nunca se dirán, que me hubiera gustado que Juanjo hubiese escuchado. No vamos a la montaña buscando la muerte, vamos a la montaña buscando la vida, vivir intensamente. Porque esforzándonos en la montaña nos certifica que estamos vivos, algo que en la vida urbana, que es donde pasamos normalmente más tiempo, no ocurre. Es algo que sólo encontramos cuando rompemos con las rutinas

diarias que nos aprisionan, con la vida que termina convirtiéndose en hábito, pues las cosas que son fáciles, fáciles pasan, y nos atrevemos a ir más allá, en busca de nuestros límites, a tratar de mirar más allá y más adentro, cuando nos situamos en el filo de lo imposible... Es un sorbo de inmortalidad que sólo se encuentra allí.

Por ello el único pensamiento consolador sobre su pérdida es que tuvo una vida plena, en la que esa compañera inevitable, la muerte, se hace ahora más llevadera pues el único consuelo al que agarrarnos es haber vivido con plenitud y alegría. Así vivió Juanjo y su recuerdo quedará en todos los que le conocimos. La vida es finita, pero los sentimientos y pensamientos que provoca parecen infinitos. Los recuerdos que dejamos en las personas que nos quieren es lo más parecido a la eternidad. En momentos así hallamos el significado y el sentido de lo que hicimos. Pues somos la suma de lo que vivimos y lo que amamos. Sólo se puede morir una vez, pero hay muchas formas de vivir.

Por ello, en la aceptación de nuestra fragilidad, las relaciones de afecto y amistad son de suma importancia. Cuando flota una gran incertidumbre respecto de la vida y la muerte, como cuando acometemos una gran aventura o en todo verdadero amor, la honestidad es lo que más importa porque nos brinda el único apoyo que tenemos. Me gusta pensar que los hombres buenos, como Juanjo, son los que han vivido tan intensamente que la muerte ya significa poca cosa. Han dejado tras de sí tantos afectos que, para los que no creemos en lo sobrenatural, han conquistado lo más parecido a la inmortalidad. Han vivido en los otros y en los otros, en nosotros, se quedarán. Su recuerdo, además, nos ayuda a prepararnos. A asumir la conciencia de nuestra propia fragilidad, de nuestra mortalidad.

Creo que tenemos unas capacidades limitadas de tejer afectos, amistades, amores y también de aceptar pérdidas. Una vez que la gente vive una cantidad importante de pérdidas -de seres queridos o pérdidas amorosas- morir parece hacerse más fácil. Al parecer las personas tenemos unas reservas limitadas de amor, salud y afectos. A medida que se envejece se van sufriendo más pérdidas y cuando perdemos a muchos amigos, se hace más fácil morir. Así que, en ese sentido, ya estoy preparado.

Todo eso lo vivió nuestro amigo al máximo. Vivió intensamente y su recuerdo seguirá viviendo en nosotros. Así que vamos a recordar su muerte pero, sobre todo, vamos a festejar su vida. No olvidaremos cómo vivió, haciendo aquello que amaba, hasta su último día. Es lo que Juanjo habría querido que hiciéramos. Y no le olvidaremos,

porque la ausencia de un amigo, como la de un amor, nunca se llena con otro.
Viviremos con su ausencia, con orgullo, con el recuerdo imborrable de su ausencia...

Porque esta Vida Al Filo que elegí, es la suma de todos los amigos, de todos los afectos,
de muchas vidas.